

DISCURSO GRATULATORIO OFRECIDO AL ATENEO SEVILLANO, CON MOTIVO DE HABER CONCEDIDO A NUESTRA ACADEMIA, EL PREMIO "JOAQUIN ROMERO MURUBE 1995"

por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Nada más grato para mí, que ocupar esta prestigiosa tribuna, representando a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y expresar en nombre de ella, su agradecimiento, y poder justificar, los méritos contraídos por dicha Academia a través de tantos años, en pro de las letras hispalenses e historia de Sevilla, motivo que ha impulsado a este Excmo. Ateneo, para concederle, la prestigiosa distinción del Premio «Joaquín Romero Murube», que con tan alta estima conservará nuestra institución.

Vamos a recordar, la historia, de esta Corporación cultural sevillana, que sólo hace unos días cumplió 245 años, y también, al inolvidable poeta sevillano que da nombre al premio concedido.

Conocí a Joaquín Romero Murube allá por el año 1942. No tardamos en transformar el conocimiento en amistad, al vivir ambos en el barrio de San Lorenzo y pertenecer a la excelsa Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad, de la que me contaba algunas novedades como que la Virgen procesionó en la antigüedad bajo palio, que la acompañaban multitud de mujeres con los rostros cubiertos con velos negros y que el año 1868, con motivo

* Pronunciado en el Ateneo de Sevilla el 3 de mayo de 1996.

del derribo de la parroquia de S. Miguel, se trasladó la imagen a San Lorenzo, a la capilla en la que aún permanece. Recuerdo también como me hizo saber, su alegría y sorpresa, al haber sido llamado como Electo a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, preocupándole la elección, pues dado su carácter introvertido y modesto, temía no ser un buen Académico, en cuanto al cumplimiento de las normas.

En el plazo máximo de un año debía leer su discurso de ingreso, obligación ineludible para pertenecer de lleno a dicha Corporación. Pasado el tiempo, Romero Murube no lee el discurso a pesar de que durante seis años, es requerido para ello por el entonces Director Don Mariano Mota.

En vista de lo cual la Academia declara la plaza vacante y nombra a otro Académico.

Transcurren 27 años. El Director de la Academia es entonces el canónigo don José Sebastián y Bandarán. En el cómputo de Académicos se ha producido una vacante. El Director le pide a Joaquín que escriba el discurso reglamentario para ingresar y causar alta como Numerario. Romero Murube le agradeció el ofrecimiento y le aseguró, que lo escribiría, incluso que versaría sobre la vida del Conde del Aguila. Pero al igual que el título que le puso a una de sus obras, «Ya es tarde», también lo fue para Joaquín. A los pocos meses de aquella conversación, entregaría su alma a Dios.

Pero rememoremos la fecha del 16 de Abril de 1751, porque a ella se remonta la fundación de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, ya que en ese día por iniciativa del sacerdote y catedrático don Luis Germán y Ribón, se reunieron en su propio domicilio de la calle Abades, llamada así por ser habitada casi exclusivamente por clérigos, varias personas notables de la ilustración sevillana, con el propósito de instituir un Centro Cultural de donde irradiase la luz del saber, en honra y provecho de las ciencias y las letras.

Especial relieve adquiere el estamento social del clero, y la abrumadora proporción de sacerdotes que sin género de duda, influye en la orientación de los trabajos de la Academia. De los 16 fundadores sólo cinco eran seculares. Todos ellos, de común consentimiento, eligieron por Patronos a Nuestra Señora de la Antigua y a San Isidoro doctor de las Españas y Arzobispo de Sevilla.

Aquel grupo de religiosos y seculares acordaron iniciar sus trabajos con una serie de disertaciones, encaminadas a probar, que los fines del naciente Instituto había de ser, el cultivo de todas las disciplinas de erudicción, dedicadas al estudio de la historia de Sevilla y de los ilustres varones que la constituyeron. De esta suerte, resolvieron llamarla Academia Sevillana de Buenas Letras.

Los Estatutos por los que se había de gobernar la Corporación, fueron aprobados por el Supremo Consejo de Castilla el 22 de Abril de 1752. Deseando además los fundadores el patronato del rey Fernando VI, obtuvieron dicha merced, gracias al Ministro de Estado don José Carvajal y Lancaster. La Real Cédula, otorgaba además otras gracias. El 19 de junio firmó el rey el Real Decreto, por el que resuelve se le asigne a la Academia una sala cómoda y proporcionada del Real Alcázar, donde puedan celebrar sus Juntas y Conferencias, y utilice en su denominación el término de Real. Los Académicos visitaron el alcázar a fin de elegir la sala más conveniente, que fue la conocida por Sala Cantarera. En ella se celebró la primera sesión pública el 30 de Octubre de 1752.

Pero a consecuencia del terrible terremoto de 1755 registrado en Sevilla, la zona del Alcázar donde se reunía la Academia, se vio tan afectada, que obligó a abandonarla y acogerse al generoso ofrecimiento del Marqués de Carrión, don Francisco de Céspedes, que como Director de la Academia brindó su domicilio privado. Cinco años después y terminadas las obras de restauración del alcázar, volvió a ella la Academia, ocupando el entresuelo que pisaba la nueva galería, del baño de doña María de Padilla. Allí permaneció hasta Mayo de 1808. Se lee lo siguiente en el libro de actas: «Las ocurrencias funestas que sobrevinieron a nuestro Reino por la invasión francesa, disolvió la Academia, y diseminó a todos sus individuos con pérdida de cuanto poseía».

Hasta el 5 de Septiembre de 1820 permaneció la Academia sin dar señales de vida, y gracias al interés que se tomó el Rector de la Universidad don Manuel María del Mármol, dió comienzo de nuevo la actividad académica, reuniéndose en la Iglesia de la Universidad. Es entonces cuando comienza un periplo de cambios de residencias. De la iglesia de la Universidad hubo de trasladarse en 1821 a la que antiguamente fue de la Compañía de Jesús, llamada de San Hermenegildo, sita en la calle Las Palmas, hoy Jesús del

Gran Poder. Dos años más tarde trasladado a Sevilla el Gobierno Constitucional, hubo la Academia de ceder la iglesia, para Salón de Cortes, y ubicarse en una sala del Hospital del Espíritu Santo. Pocos años después se trasladaba al extinguido Colegio de San Alberto. Se vive el año 1835. El periplo continua, pues en el transcurso de 60 años, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras tiene que realizar siete nuevos traslados, hasta que en abril de 1919, y gracias a las gestiones de don Carlos Cañal, se ubica en tres salones, del edificio paredaña al del Museo Provincial de Pinturas.

Fiel a su origen, consecuente con su historia, y a pesar del sin número de contrariedades que turbaron su existencia, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras no dejó de impulsar el estudio de las humanidades, a la vez que las Ciencias Exactas y la Literatura, según prueban las Memorias que se guardan en su Archivo realizadas por antiguos Académicos de los que recordamos algunos, por la resonancia que han tenido en nuestra historia. Aludimos a: Vicente de los Ríos, culto escritor y distinguido oficial del arma de artillería; Cándido Triguero, versadísimo en epigrafía; Pablo de Olavide, Oidor de la Audiencia de Lima y Alcalde de Sevilla; el Marqués de Loreto, Virrey y Capitán General de Buenos Aires y una larga lista con nombres tan famosos, como Bruna, Lista, Iriarte, Sotelo, Reinoso, Arjona, etc.

El provecho que cada uno de los Académicos puede sacar del trato y enseñanza de los demás miembros de la Corporación, está garantizado por su propio mecanismo interno. La diversidad de los trabajos presentados, avalan los conocimientos que se pueden adquirir en sus sesiones literarias.

Un hecho interesante ocurre como consecuencia de la expulsión de los jesuitas en 1767. La Academia dirige al rey un histórico documento, solicitando, se le tuviese presente en la provisión de las cátedras de Filosofía y Teología, vacantes en el Colegio de San Hermenegildo. Solicitud que revela su intención docente, y sobre todo su compromiso formal con los ideales de la Ilustración, origen del complicadísimo proceso evolutivo de la Universidad a lo largo del siglo, como ocurría en el Colegio Mayor de Santa María de Jesús, que ostentaba el carácter de Universidad y era refugio de todos los abusos y desórdenes en el campo de la enseñanza.

Resulta admirable comprobar el entusiasmo de aquellos académicos, que animados de una férrea voluntad y un sano optimismo, buscaban con afán, el motivo de descargar a España de la falsa calificación, de ignorante y ociosa, extendida por el extranjero, y al pueblo español, de orgulloso y holgazán.

Aunque no se declara en los estatutos esta intencionalidad, el tema de defender a España, era una constante en la predisposición de sus académicos, que se propusieron el duplicado fin, de promover el adelantamiento de la buena literatura y liberar a la Patria de las murmuraciones de sus envidiosos. Sería el propio fundador, quien haría votos para que «sea nuestra Sevilla quien defienda y aumente las glorias de nuestra España».

Durante 10 años a partir de 1836, el Gobierno pidió a la Academia nombrase cinco académicos, que presididos por el más antiguo, se hicieran cargo de las excavaciones de las Ruinas Itálicas, hasta que fue creada las Comisiones provinciales de monumentos históricos. De innovadores y amantes de la tradición, es donde hay que encuadrar a los académicos de Buenas Letras. Son hombres conscientes, que saben conjugar lo tradicional con la modernidad. Suelen ser inamovibles a la fe religiosa de sus mayores, y audaces en las materias que bordean esa misma fe. Eruditos, que aman la verdad con el mismo entusiasmo con el que aborrecen el engaño, y son prudentes en sus actuaciones y cuerdos en sus resoluciones.

Porque los principales objetivos que ha defendido siempre la Real Academia Sevillana de Buenas Letras han sido: la propagación de la cultura y la lucha contra la ignorancia.

Durante la segunda mitad del siglo pasado fueron nombrados Preeminentes de dicha Academia, don Pedro II de Braganza, Emperador del Brasil; el presidente de Honduras, don Luis Bogran; el rey don Luis I de Portugal, que en agradecimiento regaló tres dramas de Shakespeare traducido al portugués; y también la Reina doña Isabel II con las infantas, dignándose presidir la sesión extraordinaria, celebrada en la iglesia de la Universidad, el 23 de Abril de 1877, para adjudicar los premios del certamen abierto sobre las novelas de Cervantes.

Por esta misma época, concurrieron a hacer fructuosas las tareas de la Academia, maestros, literatos y políticos, de la talla de:

Cánovas del Castillo, el Duque de Rivas, Hartzenbuch, Mas y Prat, Menéndez Pelayo, Pereda y la memorable sesión literaria en homenaje de Gaspar Núñez de Arce, donde el interesado, dió lectura a su composición: «Un Idilio y Tristeza».

Una nueva época es la que vive la Academia a partir del siglo XX, gracias a la notoria ilustración e infatigable celo de personajes como, Gómez Imaz, Lasso de la Vega, Gestoso, Muñoz y Pabón, Luis Montoto, y tantos otros que tomaron parte activa y principal en los trabajos de la Corporación.

Son numerosas las sesiones públicas para homenajear a hombres ilustres, y veladas necrológicas en memoria y honor de insignes escritores, y sevillanos, como las celebradas para honrar, a Bécquer, Menéndez y Pelayo, el capitán Daoiz y la escritora Cecilia Böhl de Faber, entre otros.

De las muchas celebraciones recordaremos de manera especial la consagrada a la Romería del Rocío en la sesión del 2 de Junio de 1933; la dedicada a San Isidoro en Octubre de 1936; el homenaje rendido a la «raza española» y el celebrado el 23 de Abril de 1937, conmemorativo del día de Cervantes o Fiesta del Libro, y que tuvo carácter nacional, al estar España en guerra, y Madrid en la otra zona. Era Director de nuestra Academia don Carlos García Oviedo que permanece hasta 1942, fecha que es sustituido por don Mariano Mota Salado. Durante este periodo, se instituye el premio de Poesía Sánchez Bedoya, se le rinde homenaje a Sor Angela de la Cruz en el primer centenario de su nacimiento, y a la Virgen de los Reyes, con motivo de la declaración canónica de su Patronazgo sobre Sevilla, concedido por Pio XII

Numerosos actos públicos, con motivo, del 4º Centenario del nacimiento de Hernán Cortés; primer centenario del apologista y filósofo Jaime Balmes, e ingreso de nuevos Académicos, para cubrir las vacantes producidas por fallecimientos.

Al doctor Mota Salado le sustituye don Manuel Díaz Crespo en Abril de 1951, que renuncia a los pocos meses por enfermedad. Se procede a la elección de nuevo Director, resultando elegido el 26 de Octubre de 1951, don José Sebastián y Bandarán, canónico de la Catedral, capellán Real y doctor en las facultades de Teología, Derecho Canónico y Filosofía, en cuyo cargo permanece varias convocatorias, al ser reelegido.

Durante su dilatado mandato de 21 años, la Academia sigue dando continuidad a su actividad literaria y cultural, destacando entre otros acuerdos, colocar una lápida conmemorativa en la Plaza de la Gavidia, recordando el nacimiento del Capitán de Artillería Luis Daoiz; y otra en la fachada del Banco Hispano en la calle Sierpes, señalando que aquel lugar fue Cárcel Real y allí estuvo preso Cervantes.

Presidido por el Cardenal Doctor Bueno Monreal, se celebró solemne acto público en honor del Venerable don Marcelo Spínola, Arzobispo de Sevilla y Preeminente de nuestra Academia.

Y por expreso deseo de los familiares de la escritora Cecilia Böhl de Faber, «Fernán Caballero», se entregaron a la Academia los muebles de su escritorio, para que se conserven en dicha Corporación, como así sucede.

Solemnes sesiones públicas tuvieron lugar en 1962, con motivo del homenaje a Santa Teresa de Jesús en el IV Centenario de la Reforma Carmelitana y al cumplirse el primer centenario de la muerte del Duque de Rivas.

Dos acuerdos importantes se toman por unanimidad, adherirse a la propuesta de proclamar a Santa Teresa Patrona de los escritores católicos, y que se celebre en Sevilla en 1964, el Día de la Hispanidad, para confirmar, que los restos de Colón son los que se conservan en la Catedral hispalense, empleando argumentos, avalados por sólidos y doctos informes.

El 28 de Diciembre de 1971 celebra la Academia sesión extraordinaria, para dar contestación a la propuesta de la Dirección General de Bellas Artes, de si aceptaría la Corporación trasladarse a la Casa de los Pinelo, en la calle Abades número 14. Los reunidos acordaron aceptar la propuesta del Director General, don Florentino Pérez Embid.

Al año siguiente, el 21 de Noviembre de 1972, fallece el Director de la Academia, reverendo don José Sebastián Bandarán. Para cubrir la vacante se celebra Junta Extraordinaria, que acuerda lo sustituya el Vice-Director, a la sazón, don Faustino Gutiérrez Alviz.

Continúa la Academia sus principales objetivos, que han sido siempre la modernización de la cultura en la ciudad y más concretamente, al renacimiento de la investigación histórica y de la enseñanza.

De cómo ha respondido a lo largo de los años la Academia y a las esperanzas que en ella pusieron sus creadores, no podemos hacernos jueces imparciales. Sus afanes y entusiasmos han sido bastante regulares, a pesar de que algún sector de los más fogosos y críticos, les haya parecido dicha actividad algo lenta y poco productiva. Problema que suelen achacar no sólo a nuestra Academia, sino a todas las de España. Y es, que el ingenio y la cultura, no pueden medirse por el tiempo que tardan para su desarrollo.

Continúan las obras en la Casa de los Pinelo y gracias a las gestiones del Sr. Pérez Embid, se le concede a los académicos el tratamiento de Excmo. Sr., según Decreto publicado en el BOE de fecha 23 de Julio de 1973.

Al fallecimiento del Sr. Pérez Embid, ocurrido al año siguiente, la Academia entristecida por tan sensible pérdida, acuerda mostrar la gratitud de la Corporación, colocando una lápida en el Patio de la misma para perpetuar su memoria.

El 5 de Noviembre de 1977 el Director Gutiérrez Alviz, que ha llevado muy personalmente las obras en la Casa de los Pinelo, reúne a los académicos para realizar una visita a la nueva morada. Dos años más tarde y tras delicado traslado de la hermosa Biblioteca, se pudo celebrar la primera Junta Ordinaria en la nueva sede.

Durante este periodo se celebraron sesiones públicas para dar solemnidad a la inauguración del nuevo local de la calle Abades, y dedicar especial recuerdo a don Florentino Pérez Embid, hasta llegar al nuevo curso de 1981 en que se renueva la Junta de Gobierno, figurando como Director don Francisco Morales Padrón. Periodo en el que se inaugura la concesión del Premio «Florentino Pérez Embid», y gracias al Sr. Morales Padrón, se renueva la publicación del Boletín de la Academia que tanto interés despertó. Su permanencia como Director dura hasta 1990, en que es elegido don Eduardo Ybarra Hidalgo.

Ambas etapas han sido fructíferas en el orden cultural, incluso celebrándose en la actualidad un ciclo en tres periodos dedicados a los poetas sevillanos de los últimos 50 años.

La larga nómina de personalidades que han cubierto las vacantes producidas por fallecimientos, nos impide nombrarlos a todos.

La Academia se rige por una Junta de Gobierno que se compone de siete miembros, que es elegida trienalmente.

En cumplimiento de los Estatutos, la Corporación se compone de 30 Académicos Numerarios con residencia expresamente en Sevilla y de cien Correspondientes en España y el extranjero.

Comienza cada curso el primer viernes del mes de Octubre y celebra sus sesiones los viernes alternos hasta final de Junio.

Por R.O. de Abril de 1868 se concedió a sus individuos, el uso de una medalla de oro con el nombre de la Academia en el anverso y el busto del rey Fernando VI en el reverso, pendiendo del cuello por un cordón de seda roja y oro.

Lo que no ha decrecido a través de los años, ha sido, la preocupación literaria que se ha venido haciendo cada vez más notable, alcanzando un gran nivel a partir de la presente centuria, manifestándose, en el fervor purista de algunos académicos en relación con el lenguaje.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, se convierte en sensible receptor de las ideas de progreso; así ocurre, que en los trabajos que se publican, se ve reflejado el interés científico y una trayectoria reformadora.

No queremos terminar sin dedicar un nuevo recuerdo, a quien da nombre al premio, como es, Joaquín Romero Murube. Pero deseo que mis expresiones sean, las aportadas en otras ocasiones, por eminentes escritores y poetas, miembros de nuestra Corporación, que gracias a Dios permanecen entre nosotros y conocieron muy bien la personalidad humana y literaria del gran poeta.

Así, Juan de Dios Ruiz Copete ha escrito, que la obra de Joaquín Romero Murube constituye en nuestros días, el primer testimonio totalizador de la ciudad, tanto por su conmemoración objetiva, como por la necesidad casi biológica, del hombre de sentir la desazón apasionada de su cálida luz. Sevilla, es para Joaquín Romero Murube una razón de vida.

Ahora es Aquilino Duque quien lo recuerda: «Cuando yo le decía lo complicado que era encontrarlo, contestaba Joaquín: «Yo no soy esquivo, soy difícil». Llegó un día al Alcázar don Higinio Capote, que era un amigo querido y se negó a recibirlo. Su esposa Doña Sol, que estaba presente, le dijo: ¿Cómo puedes hacerle eso a Higinio, si es un ángel? Joaquín contestó: Hoy no estoy para ángeles.

Rafael Manzano nos dice de Joaquín Romero Murube; «su encanto personal radicaba quizás en el misterioso juego de sus pro-

pías contradicciones, fue un gran conversador, un hombre extrovertido e ingenioso. Pero también, un hombre solitario, entristecido y a veces huraño. En cualquier caso, un hombre tremendamente silencioso».

Es el recuerdo de Joaquín Caro cuando manifiesta: «Romero Murube como Villalón, era un punto y aparte de la historia de Sevilla. Tenía sus manías, sus paradojas, su mundo recóndito e impenetrable. Parece que Bécquer habla por su boca, cuando se dolía de que Sevilla había perdido el tono de su autenticidad, y fisonomía característica, y esto en todos los órdenes».

Como broche final de estos recuerdos, las palabras del propio Joaquín Romero Murube, pronunciadas con motivo de la comida de Hermandad que el año 1956, celebró la cofradía de la Soledad. Al término del acto, me regaló las cuartillas tras firmarlas. Sólo leeré sus primeras palabras. La tituló «Brindis a los Hermanos de la Soledad».

«Ha variado profundamente en el transcurrir de los años, el sentido y la responsabilidad de esta intervención mía, ya casi obligada por una costumbre, que al cabo de treinta o más años, ha llegado a adquirir, como todo lo que se roza con la vida cofradiera sevillana, casi empaque de tradición».

«Primero, la solemnidad de los actos religiosos; luego, la santa alegría del convivio de hermanos: en el momento final, Romero Murube que se levanta, sube al difícil trapezio de la oratoria, e intenta condensar en una sonrisa o en una inquietud, toda la gloria de este día, el mayor del año entre los hermanos de la Soledad».

«Y ha variado profundamente el sentido de responsabilidad en mis palabras, por que en los comienzos, cuando yo era poco más que niño, llegaba a este momento con una petulancia e inconsciencia, naturalmente infantiles, y soltaba mi disco más o menos oportuno. Los mayores me escuchaban entre amables y curiosos; y todos me lo perdonaban, e incluso me lo aplaudían, por que la bondad y generosidad de espíritu, es, ha sido, y será siempre, la norma primera de nuestra convivencia».

«Más tarde, comenzaron en mí los sarampiones literarios. En el Hotel Bristol, que estuvo hace más de veinte años en la calle de Las Palmas, frente a los Jesuitas, yo hablé —¡otra insigne petulancia!— del concepto de la Soledad en Federico Hebbel...—

¿Quién era ese señor?—, me preguntó alguien lleno de sentido común. Y yo no adivinaba en mi ceguera, el regozo de ironía que pudo haber en aquella pregunta. Otro año —y de esto hace bien poco— en el Hotel Inglaterra, leí unas célebres «seguidillas de monjas» que con tan buena intención como agilísimo descuido, hizo cerrar el entrecejo y acentuar el nerviosismo agudo de su mirada, al entonces señor Vicario, don Tomás Castrillo, que a la sazón nos presidía en la mesa...».

«Todos estos eran, como ya dijimos sarampiones literarios. Los años pasan y poco a poco se va curtiendo la experiencia. Hoy sonreímos compasivamente por aquellas travesuras de juventud... Peinamos ya las primeras canas. Al levantarnos ahora hablar, hacemos uso de cuartillas, para que así nada quede al riesgo de la improvisación, y nos alcanza un temor que antes no sentíamos: el de la responsabilidad de nuestras palabras. El no saber si acertaremos a cumplir el deber de autenticidad, de rigurosa definición, de servicio al altísimo motivo que congrega aquí, a un grupo de hombres de las más variadas procedencias, estados y responsabilidades, compartiendo el pan y la sal de una comida, ante los ojos llorosos de una Virgen que nos ampara y protege».

Hasta aquí, las hermosas palabras de Romero Murube en aquel brindis a sus hermanos de Cofradía.

Y yo termino, agradeciendo vuestra asistencia y reiterando, el de la Academia, al Excmo. Ateneo de Sevilla, en la persona de su Presidente don Ramón Espejo.

Muchas gracias